



GENTE DE LAS SOMBRAS

- ¡Papá, no quiero hacer tanta tarea! – Julia le dijo a su padre, levantando la nariz con indignación de modo que el sombrero apenas se quedó en su cabeza.

- Tendrás que hacer esto. No querrás que tus compañeros de clase te dejen atrás, ¿verdad?

Julia negó con la cabeza.

- En este caso, tendrás que hacer todas las tareas que te perdiste. Ella no vio su cara, pero por la entonación entendió que estaba sonriendo.

- Lo sé, ¡pero hay hasta tres tareas! – dijo con resentimiento, porque en lugar de los juegos habituales, tendrás que estudiar.

- Te entiendo, pero es por tu bien.

Julia siempre tenía tiempo para hacer tareas en la escuela. La semana pasada se enfermó y no pudo estudiar. Le gustaba jugar con sus compañeras en la escuela, pero no le gustaba estudiar, aunque era muy inteligente para sus seis años y medio.

- Vale, una página ahora y dos páginas mañana.

- Vale, cariño.

Afuera ya estaba oscuro y, si no fuera por las farolas, incluso el asfalto sobre el que caminaban no sería visible. Julia miró hacia el cielo negro. Algo frío cayó sobre la nariz y grandes copos de nieve se arremolinaron en el aire, había más y más de ellos. Había tantos de ellos que se hizo claro, casi como la luz del día.

- Vamos pronto – el padre añadió un paso – madre ya nos está esperando.

- Papá – Julia soltó la mano de su padre y se detuvo.

- ¿Qué es cariño?

- Mi sombrero está desatado – Julia le entregó las cuerdas.

- ¿Aún no has aprendido?

Ella sacudió su cabeza otra vez. Su padre se puso en cuclillas frente a ella y se quitó los guantes colocándolos sobre sus rodillas. Sus dedos eran grandes y cálidos y olían tan fuerte a papá que Julia cerró los ojos y esperando que terminara con las cuerdas, lo abrazó por el cuello.

- Te amo papá.

- Yo también te quiero cariño.

Le gustaba pararse así debajo de la farola y abrazarse a su papá. Miró hacia el largo callejón. En la oscuridad, detrás de uno de los árboles, algo se movió y ella se estremeció.

- ¿Está todo bien? – el padre aflojó su agarre.

- Papá, hay alguien allí.

- ¿Dónde? – dio la vuelta. De sus guantes de cuero resbalaron pájaros muertos por sus rodillas mientras se levantaba y caía sobre el pavimento que brillaba con nieve mojada.

El padre dejó de sonreír y miró en dirección a la farola. La oscuridad no se movió y el silencio se cernió. Del lado de la vía que quedó atrás, se solían escuchar bocinazos de autos y voces de gente que se apresuraba hacia el metro. Ahora no había nada de eso, parecían los únicos en todo el mundo.

La oscuridad detrás de la farola permaneció inmóvil, pero había alguien en ella. Julia chilló y se aferró a su padre. Ahora él también vio una silueta negra, inmóvil, fuera del alcance de la luz de las farolas. La figura se movió hacia ellos.

Lentamente, parecía deslizarse por el aire. De la oscuridad apareció una figura humana con una túnica negra y una capucha que le cubría la cara. Se paró en el borde de la luz y se quedó inmóvil.

- ¿Qué demonios? – murmuró mirando a la figura congelada. Era pequeña de estatura, un poco más alta que Julia - ¿Es un carnaval?

- ¡Papá! – su medio susurro asustado lo hizo volverse hacia ella. Sus ojos eran tan diferentes a los de su hijo, nunca había visto tanto horror en ellos. Julia señaló a un lado. Miró e involuntariamente se quedó helado. A lo largo de todo el callejón, debajo de cada farola, había figuras idénticas con manos largas.

Desde algún lugar había la certeza de que tan pronto como diera un paso, las figuras comenzarían a moverse. La chica negó con la cabeza, repitiendo algo apenas audible. Solo entendió unas cuantas palabras, “gentes de la sombra”.

Su madre le dijo que los postes de luz estaban habitados por hombrecitos que atacan a quienes deambulan por las calles en la oscuridad. Pero es solo una historia de terror para niños. Decidió que nunca asustaría a sus hijos. ¿Por qué su madre le contó esta historia sobre gentes de la sombra a Julia, una niña impresionable? Las figuras sacudieron la cabeza y se volvieron en su dirección. La luz de las farolas parpadeó y las dos más lejanos se apagaron al mismo tiempo. El padre agarró a Julia en sus brazos y, sucumbiendo a un miedo inexplicable, la retiró. Julia envolvió sus pequeños brazos alrededor de él y gritó. La abrazó con todas sus fuerzas y salió corriendo. Después de tantos años, la pesadilla sembrada en él por su madre se hizo realidad. El ruido de las mandíbulas rechinando se hizo cada vez más fuerte. Aunque solo sea para llegar al comienzo del callejón, hay salvación.

- ¡Papá, nos están persiguiendo!

Ya había visto el comienzo del callejón. El repiqueteo de las mandíbulas se fusionó con un fuerte golpe. Algo afilado y caliente se clavó en su tobillo. Correr se volvió difícil. Miró hacia abajo y vio una pequeña figura negra colgando de su pantalón. Algo horriblemente gris estaba saliendo de debajo del capó. Se extendió por su pierna, abriendo una boca llena de dientes afilados. Se inclinó hacia atrás y se estrelló contra su pierna, envolviendo sus diminutas

piernas retorcidas alrededor de la pernera del pantalón. Papá gritó por encima de los gritos de Julia. Le di una patada al hombre de la sombra con el otro pie. Falló y se desplomó sobre el asfalto, cubriendo a su hija con su cuerpo. Los hombres negros atacaron por todos los lados. Empujó a Julia de debajo de él y la empujó hasta el comienzo del callejón:

- ¡Bebé, no pares!

Las figuras saltaron hacia él estrechando sus mandíbulas y olvidándose de la niña por un momento. Rodó sobre el asfalto mojado, tratando de aplastarlos, tirarlos, pero cada vez más dientes mordían su ropa, haciéndolos pedazos y alcanzando un cuerpo vivo, palpitante de sangre y calor. Agitó su mano hacia el camino. Los dientes de la figura negra se hundieron en su palma. Varias gotas rojas salpicaron la cara de la rugiente Julia. Guardó silencio, se limpió el calor de la mejilla y se arrastró hacia la carretera, como si hubiera olvidado cómo caminar. Terribles sonidos de estrépito humedad la impulsaron hacia adelante, sin dejar que se detuviera.

Una expresión de horror se congeló para siempre en sus ojos cuando de repente se arrastró fuera del silencio del callejón, llena de mordiscos hacia la amplia acera, donde estaba la gente. La calle se ensordecía con las estridentes bocinas de los autos atascados en un embotellamiento y, detrás de ella, los hombres de la sobra se comían a su padre.